

damente artistas, de profesión más que liberal libertísima, que siguen admirando al mundo con la improvisada y pícaro invención de realidad tópica de cada día. Acaso en el gran monolito levanten tartufos sindicatos, quizá llegue, por fin, el día en que haber sido artista y ser anciano merezca el derecho de acabar tranquilo y feliz con la estoica figura. Yo no sé si la seguridad social conllevará el derecho a no traicionar aquella esencia, aquel cante que para unos fue grito y que para Bernardo fue gracia y melancolía. Ya se acabaron los tiempos en que, junto con el Gloria, la Niña de los Peines y Manuel Vallejo, Bernardo recorría los escenarios españoles comercializando humildemente un producto que era noble, auténtico, todavía. Vientos nuevos van soplando, a pesar de la pereza, por estas tierras. Ya la demanda de un mercado, a la vez estúpido y más poderoso, determina la facilonía calidad de la mercancía. Y lo que fue alma y expresión de un pueblo oprimido se convertirá en feliz historia transmitida al espacio en inglés desde la Luna. También, a pesar de la pereza, un aliento reivindicador y crítico se esfuerza en esta hora, y poco a poco se levanta para garantizar el derecho a ser desde lo que uno ha sido, y, profunda, contradictoriamente, le empuja hacia rutas personalmente elegidas y proyectadas. Si este aliento nuevo, que fue el de los primeros flamencos, sigue penetrando y se mantiene bravo entre nuestros mejores trabajadores de la pluma, universitarios, aficionados y obreros, acabaremos, quizá, con aquel esteticismo inmovilista, que tuvo su más alta expresión en García Lorca y la peor y más promocionada en gente que no merece la pena ser nombrada aquí. Sólo así acabaríamos con la tristeza que reflejaba el rostro y el cante de Bernardo, y con aquella situación en que "cuando uno no tiene dónde cantar va cantando bajito por la calle", como me decía hace unos meses. Pero aún tuvo calidad Bernardo, porque no era fuerza, sino calidad lo que le sostenía, para ganar en los últimos años

importantes premios en el Festival de Cante de las Minas y el Primer Premio Nacional de Cartageneras. No terminaron así sus días muchos cantaores geniales, sino vendiendo tabaco por las calles, enfermos y solitarios, como bien podrán recordar muchos aficionados. Pero ya la sociedad es más perfecta, todo va siendo controlado, nadie pasa penurias. ¡Ha venido mister Marshall! Discúlpenme los flamencos de hoy este lenguaje 70. Nosotros sabemos que sólo sobre el pasado destruido se edifica un futuro en que aquél estará presente. Sobre un pasado desmitificado. De todas maneras, Bernardo el de los Lobitos fue un hombre y un nombre que no se repetirán. ■ F. A.

ARTE

Si fuese aconsejable que esta crónica llevase otro título, además del título genérico que ya lleva para distinguirse dentro de la sección, yo le pondría "De las aventuras con la realidad". Y podría ponerle, además, un subtítulo: "Las relaciones entre la realidad y la representación". Pero ya están bien las cosas como están.

Es que los comentarios que el momento depara me obligan a ver afinidades por encima de la representación y divergencias representativas. Menos uno —Ulises Blanco—, los artistas de que aquí se va a hablar son lo que se llamaría, en un lenguaje convencional, "representativos". Pero lo son por distintas motivaciones. Unos, como Cajal, porque entenderían que representar

es pintar. Y otros, como Bartolozzi y Arranz Bravo, porque la representación les da unas posibilidades de mayor acercamiento a una realidad que, por cierto, es más alusiva que propiamente narrativa.

maridaje pretendiera tener un sentido. Claro que no se complementan las palabras y el lenguaje..., ¿y qué? Pictóricamente, Ulises pretende decirnos toda esa cosmogonía de la materia que él realiza. Y,



Ulises Blanco.

En cambio, a Ulises Blanco no le basta, para decir algunas cosas que quisiera decir, el lenguaje fuertemente pictórico que ya posee como "abstracto" y le añade... rútilos.

ULISES BLANCO (En la Galería Edaf, Madrid)

Efectivamente, a Ulises Blanco no le basta el lenguaje de la pintura. Por eso usa, además, el lenguaje de siempre. Con él escribe, sobre el rico muro de su suculenta pintura, palabras sueltas —sólo algunas desnudas palabras— de densos significados. Por ejemplo: libertad; por ejemplo, Antonio Machado. Es que Ulises Blanco es de Soria. Algún compañero de la crítica de arte, creo que Pepe Hierro, ha acusado a esa pintura de falta de coherencia entre la pintura misma y las palabras añadidas. La acusación, creo yo, tendría un sentido si ese

además, sin que una cosa invalide a la otra, quiere decirnos lo que dicen sus palabras. El no pretende que una cosa sea subsidiaria de la otra. Pero, además, si es cierto que se trata de dos cosas distintas. ¿Qué es lo que quiere decirnos entonces Ulises Blanco con esa especie de casamiento contra natura entre un idioma y el otro? Quiere decirnos, sencillamente, un breve discurso, que podría comenzar así: «No basta ser pintor...».



Arranz Bravo.

EDUARDO ARRANZ BRAVO y RAFAEL BARTOLOZZI (Galerías Gaspar, Barcelona)

La asociación de esos dos pintores para una exposición —y para la elaboración conjunta de un libro— no es fortuita ni artificiosa. La justifica una identidad de criterios —una complementariedad— que en nada empaña su diversidad estilística. Ambos viven un mundo de alusiones representativas que deja abierto un ancho resquicio a la más amplia interpretación. Se trata de insinuaciones extrañamente asociadas, las cuales no pretenden decirnos solamente lo que dicen, sino, además, darnos las primeras pautas para una gramática del asociacionismo de las imágenes. Lo de Arranz Bravo es más hermético, acaso porque no nos da ningún punto de referencia argumental para re- laborar una interpretación conjunta de su obra. Sus figuras —cada una de las figuras en cada cuadro— viven ya entre sí una extraña incomunicación. Viven una rara autonomía, que consiste en que cada una de ellas tiene su propia ley conformativa, su propia perspectiva y hasta su peculiar peso gravitatorio. Normalmente, han sido despojadas de su osamenta natural para vivir dentro del esqueleto de su solo sentido figurativo. Casi siempre, los objetos circulan por el espacio de acuerdo cada uno con su propia ley perspectiva y su propia ley gravitatoria. Su argumento, creo, es la incomunicabilidad. Bartolozzi —quien,